

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

---

---

Año XVI

Abril de 1939

Núm. 166

---

---

## Puntos de vista

Democracia y dictadura.—Europa y América

*L*A distancia material de Europa, no nos impide abarcar en toda su inquietante dramaticidad, los graves conflictos que se han planteado entre las democracias y los estados totalitarios. Para los países de América hispana tiene un profundo sentido esta lucha, ya angustiosa, que dura algunos años y cuyo resultado no podemos ni siquiera prever. En rigor los pueblos de este continente no tienen otro partido que el de la democracia, puesto que nacieron a la vida independiente bajo el signo de la libertad democrática. Si han existido, a lo largo de su accidentada evolución, eclipses trágicos de dictaduras ello no vulnera en modo alguno la primitiva línea de conducta, y cada vez que tales eclipses se han producido, la normalidad, simbolizada en la recuperación del ritmo democrático, ha sido la consecuencia final ansiosamente esperada.

Por esta razón la lucha actual en Europa, junto con adquirir caracteres dramáticos, por lo que a Europa misma se refiere, representa para nosotros esa voluntad de triunfo en el ideal democrático. Y no porque nos distancien de los países totalitarios diferencias profundas de cultura, sino porque la forma de gobierno que en ellos impera es en todo contraria al ideal americano. Tanto la tradición italiana del arte, de la sensibilidad y del desenvolvimiento de la cultura como la tradición germana del esfuerzo, de la industria y de la ciencia, son en América respetados y en mu-

chos aspectos tomados como ejemplos. Diverso fenómeno ocurre con la práctica misma del gobierno, con la naturaleza despótica de sus conductores. Puede argüirse que sin esa temperatura de acero de la voluntad dictatorial encarnada en dos hombres, no se hubieran podido cumplir los programas de disciplina interna y de expansión externa de sus respectivos países que actualmente el mundo ve, con asombro, desarrollarse a expensas de la pasividad del resto de las naciones civilizadas. Los pueblos de América son contrarios a esta expansión y enemigos del orden interno impuesto por la fuerza. En una democracia, los mejores suben por derecho propio y la libertad, cuando se excede en sus atribuciones, está sometida a los dictados de las leyes, en cuya aprobación han intervenido los representantes todos del pueblo. Si el mecanismo legal de una democracia, simplificada en sus instituciones jurídicas, no camina con la rapidez y con la violencia que es de regla en países sin libertad, ello no debe cargarse en la cuenta de la democracia, ni menos atribuirlo a una bancarrota del sistema. Tal reflexión simplista ha sido hecha por los voceros del totalitarismo gubernativo, olvidando que si la libertad de crítica fuera establecida en esos países, por varios días, el régimen, tan laboriosamente edificado sobre las armas y el terror, se vendría estrepitosamente al suelo, con lo cual se prueba una vez más, que sólo las leyes elaboradas de consuno y con la aprobación de los elementos que las han estudiado serenamente y sin presión, son las que en definitiva resisten a la acción de la crítica.

Los ejemplos son innumerables. Un país encadenado, sin libertad de prensa, sin derecho de reunión, puede indudablemente vivir con caudalosa impresión de bienestar. Pero tras ese bienestar y tras esa imagen ilusoria de la disciplina, existe el fermento de la individualidad sin destino, obligada a marchar a un paso determinado y presionada en su conducta por un patrón común que le impide toda espontaneidad. El fermento vive en la conciencia de los ciudadanos, asechando la hora de su revancha, pues no hay en la tierra un pueblo que haya soportado indefinida-

mente sin revelarse, la tiranía de unos pocos, sobre la masa, aunque esos pocos hayan cuidado de darle bienestar y soberbia y seguridad por sus elementos de fuerza.

La disputa cada vez más trágica de Europa, entre totalitarios y democráticos, amenaza con el quebrantamiento de la paz del mundo. A tal grado ha llegado el agudizamiento de la situación planteada en términos que parecen ya irreductibles: O el derecho o la fuerza. Los pueblos débiles han sido aplastados por la fuerza, aun cuando esos pueblos, según los internacionalistas, eran sólo apariencias de pueblos, nacidos de un tratado de post guerra, acomodaticio y falso. Pero habían creado industrias, habían laborado sus campos, tenían escuelas y talleres, prensa e institutos de cultura. Vivían como las demás naciones su parábola de progreso y desenvolvimiento, y núcleos intelectuales y sociales, ayudaban a la grandeza de cada uno, dentro de sus relativas posibilidades. Ha bastado, en cambio, que un vecino poderoso no contento con sus lineamientos de frontera, pensara que tal vida era artificial, para que de improviso se echara encima y lo borrara del mapa. Y todo esto se ha cumplido sin otra protesta que la de las palabras y teorías.

Los países de América tienen mucho que pensar, puesto que son en su mayoría países débiles, con vastas y ricas extensiones de tierras cultivables. En nuestro anterior «Puntos de Vista» nos referíamos precisamente a esta debilidad de los pueblos americanos enfrente de los poderosos pueblos totalitarios. Señalábamos la proximidad del peligro y afirmábamos que aquellos pueblos poderosos podrían un día establecer la tesis de las tierras perdidas que deben aprovecharse por gentes más aptas para el trabajo y la explotación. Decíamos que los excedentes de población en los países totalitarios y los vastos campos baldíos de América constituían factores precisos para despertar la ambición de los gobiernos totalitarios. Y días después de escrito aquel comentario en nuestro anterior número, los cables echaban a todo el mundo la noticia del descubrimiento de una vasta red nazi en Argentina y la sospecha

hasta hoy en tela de juicio, de un aprovechamiento de la Patagonia por parte de Alemania, por considerarla ésta, como «tierra de nadie», o sea como extensión baldía que debe ser tomada por los pueblos más aptos y mejor capacitados para la explotación.

No hay para qué insistir en que los países americanos del norte y del sur del continente, están por el derecho y por la democracia, porque no nacieron para devorar a los débiles, sino para establecer dentro de sus fronteras el imperio de la justicia dentro de la libertad y del respeto a la persona humana. América ha fundado sobre el derecho la convivencia social. No sobre la fuerza que es siempre la injusticia y el abuso, cuando pretende asumir el papel del derecho.